

Sábado XXIX del TO Ciclo B



26 de octubre de 2024

Ef 4, 7.11-16

Sal 121

Lc 13, 1-9

P. Eduardo Suanzes, msp

Como Jesús también era galileo, tal vez los que le llevaron el “titular” informativo de que Pilato había asesinado a unos galileos en el santuario, esperaban una reacción violenta para manipularlo y usar su violencia contra Roma; sin embargo, Jesús saca de ese acontecimiento una moraleja práctica. A pesar de ser él también galileo, no monta en cólera, no apela a sus sentimientos patrióticos, lanzándose a una crítica despiadada del desaprensivo gobernador romano; una vez más fallan sus interlocutores. En vez de eso, aprovecha ese incidente para invitar a su auditorio a un verdadero arrepentimiento y a la conversión¹.

Su argumentación es bien nítida: los galileos asesinados no pagaron con esa muerte tan dramática un pecado mayor que el de sus compatriotas; lo que se deduce del hecho es que una muerte repentina tiene que hacer reflexionar a los vivos sobre la contingencia de la vida, lo inesperado de su desarrollo, e incitar a los oyentes a dar un golpe de timón y de esta manera la embarcación de sus vidas se centre en la dirección correcta. Es decir, Jesús les invita a aceptar con fe la palabra salvífica de Dios, que él mismo ha venido a proclamar. La existencia de cada persona puede truncarse tan repentinamente como la de esos galileos. Hay que centrarse, pues en el auténtico significado de nuestra existencia.

Y, sacando partido de ese acontecimiento, Jesús pone en paralelismo el asesinato cruel de los galileos con el accidente que sufrieron dieciocho habitantes de Jerusalén cuando se derrumbó sobre ellos una torre de las antiguas murallas, cercana a la piscina de Siloé. Puede ser que aquellas personas no fueran más culpables que los anteriores —los galileos— o que los demás habitantes de Jerusalén; sin embargo, también fueron sorprendidos por una muerte repentina, inesperada. Así es la condición humana; la muerte puede presentarse en el momento más imprevisto, como les sucedió a las víctimas de la crueldad de Pilato o a los que sucumbieron bajo los escombros de la torre de Siloé.

Y por fin les relata otro cuento, el de la higuera en la viña². Si el relato comienza como una historia normal, termina de una forma sorprendente. A diferencia de la actitud del propietario, la reacción del servidor resulta realmente sorprendente y parece un tanto excesiva. Es una parábola de dos personajes que sitúa frente a frente al propietario y a su trabajador agrícola. Lo esencial de la parábola, como nos hemos dado cuenta, es el diálogo de estos dos personajes: la impaciencia del dueño decepcionado y la intercesión del viñador que no acaba de resignarse. Como ocurre en los casos bíblicos de intercesión, la llamada es lanzada por un inferior que protege a otro que está

¹ Cfr. JOHN A. FITZMYER. *El Evangelio según Lucas. III Traducción y comentario*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1987

² Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según San Lucas II*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2002

más amenazado que él; inferior respecto a Dios, pero responsable del pueblo. El texto termina sin que se conozca la decisión del amo y sin que se saque una lección del incidente. ¿Es un olvido de Lucas?; al contrario, es una manera de dejar abierto el relato, invitando al lector, a todos nosotros, a la reflexión y luego a la decisión.

La higuera es el símbolo antropológico de una vida improductiva, de una vida que ha pasado —o pasa— sin pena ni gloria; el símbolo, otra vez, de una vida sosa, sin gracia, que se ha dejado llevar, que está ahí, en el mundo, viviendo simplemente sin que su vida sea fuente de transformación para otras vidas. No hay fruto y, por tanto, no hay semillas, no hay nuevas vidas procedentes de ella. Es la tristeza de avanzar por la vida hasta que llegue el momento de la muerte y verse ahí, en ese momento, con las manos vacías. ¿Cómo es posible que el ser humano, que ha recibido la vida y la existencia, con sus enormes recursos naturales, continúe malgastándolas inútilmente? Todo el que no produzca y vaya posponiendo continuamente la actuación de su creatividad tendrá que afrontar irremisiblemente el destino de la higuera estéril, al verse, al final con las manos vacías. Es lo que llamamos una vida sin realización, frustrada³.

La parábola, al venir inmediatamente después de su repetida llamada a la conversión en los versículos anteriores, cobra un significado especial. Es posible que los galileos murieran por causa de la perversidad de otro ser humano, y que los dieciocho judíos, aplastados por una torre, murieran sólo por accidente. Pero este no es el caso de la higuera estéril. En el cuento, se sobrentiende, que la higuera ha decidido ser estéril (es un cuento). Por eso, otra vez, la llamada a la conversión se hace más contundente. No es que Dios castigue al que no da fruto: Dios no es así, él no funciona con nuestros patrones. El asunto es que una vida sin fruto ya está castigada por ella misma, por mucho que se aparente otra cosa. La frustración, aunque no se admita, ni se sea consciente de ello, de una vida sin fruto, sin vidas a su alrededor, es la muerte del ser humano elegida por él mismo. Es la higuera quien ha decidido no dar fruto, y en esa decisión ella misma se ha talado, se ha castrado, pues ha dejado de abrirse a la sabia que corre por su interior que produce los frutos de vida en sus ramas. Es toda una enseñanza para nuestras vidas, que es lo que le interesa a Jesús. Estar atentos, mantener las lámparas encendidas, dejarse abrasar por el fuego del Espíritu Santo, ser conscientes de una vida que produzca vidas, son algunas enseñanzas que en estos versículos de Lucas estamos recibiendo estos días.

³ Cfr. JOHN A. FITZMYER, *Ibid.*